

aceptar una lucha cuyo éxito no es dudoso. Nuestros gritos de guerra han quedado hasta ahora sin respuesta. Los ecos del Rin continúan mudos. Si la Prusia nos hubiese hablado el lenguaje que ahora habla la Francia, ya estaríamos en camino.»

Así se figuraban en París las consecuencias de la declaración del 6 de julio. Se creyó que el rey Guillermo pediría satisfacción por tan grosero reto, satisfacción que se le negaría; que se pedirían en cambio garantías imposibles y que entonces el rey declararía la guerra; ó bien el rey no pediría satisfacción, pero por despecho mantendría la elección del príncipe de Hohenzollern, en cuyo caso le declararía la Francia la guerra para obtener las garantías pedidas. Con uno de estos dos casos se contaba de seguro, porque parecía imposible que pasaran las cosas de otra manera. Y pasaron, sin embargo, gracias al amor á la paz y á la longanidad del rey Guillermo. Si la guerra al fin fué declarada, fué al parecer á consecuencia de entrevistas diplomáticas celebradas en Ems, á lo cual se debe que el mundo haya perdido en parte de vista la decisión del gobierno francés de hacer la guerra, decisión que estaba ya manifiesta en su declaración del 6 de julio.

Los alaridos belicosos de la prensa francesa no dejaron oír tampoco la voz del ministerio de Madrid, que en seguida, el 7 de julio, tomó la palabra pública y solemnemente para desmentir la declaración del duque de Gramont. Envió una circular á los representantes de España en el extranjero, y la publicó sin dilación, en la cual Sagasta, ministro español de Negocios extranjeros, declaraba los motivos que indujeron al ministerio á tomar en 4 de julio su resolución tocante á la candidatura del príncipe de Hohenzollern, el cual una vez elegido y sentado en el trono de San Fernando sería español y fiel á la constitución enteramente democrática que había de jurar, como primer funcionario de la nación, y tendría que hacer únicamente política española, es decir, neutralidad completa en los asuntos exteriores. Al final de la circular decía: «Por estos motivos, usando el gobierno de su libertad de preparar una solución monárquica, ha obrado bajo su propia responsabilidad, y se ha entendido con el príncipe Leopoldo sin pensar ni un solo instante que tendría que contar con la mas insignificante influencia de un gabinete extranjero, á lo cual se habría opuesto su honor. Sobre este punto llamo muy especialmente la atención de V. E., porque importa mucho hacer constar que el gobierno del regente escucha en este asunto solo sus propias inspiraciones y que en todo este asunto no ha guiado al presidente durante el curso de la negociación ningun interés nacional extraño ni mucho menos extranjero (1).»

Al día siguiente tomó la palabra Salazar y Mazarredo, el diputado á cortes que había estado encargado de la negociación y que volvió á publicar con un nuevo prefacio un folleto que había publicado ya en 23 de octubre de 1869, sirviéndose para su publicación de la *Gaceta de Colonia*. En este escrito decía que el gobierno prusiano no se había mezclado en este asunto, y que el rey de Prusia había quedado sorprendido cuando el príncipe, que es mayor de edad, le hizo saber en Ems su resolución definitiva como un acto de cortesía.

Como la renuncia del gobierno español á este candidato era equivalente á renunciar á la monarquía, no cedió en este asunto hasta que se hubo convencido de que se tomaba en París mas seriamente de lo que Prim había creído en el primer momento. El gobierno inglés, el ministerio Granville-Gladstone, fué el que á solicitud del gobierno francés, en 6 de julio,

(1) Angeberg: *Recueil*, pág. 35.

se mostró dispuesto á encargarse de los asuntos de Francia en Berlin y en Madrid. En 6 de julio escribió Granville á Berlin y al día siguiente á Madrid para encargar á sus embajadores que disuadiesen á los respectivos gobiernos de la elección del nuevo rey. El gobierno inglés creía firmemente en la sinceridad del duque de Gramont y que la paz quedaria asegurada si la elección proyectada no se verificaba. Solo el embajador inglés en París, lord Lyons, no participaba de esta opinión, porque había oído el 5 de julio al ministro Ollivier, que pasaba por amigo de Alemania, expresarse con excepcional violencia respecto de la citada candidatura; y sin embargo le sorprendió todavía mucho mas la declaración del día 6, que en su despacho pintaba perfectamente la opinión pública (2). El mismo embajador observó por la tarde del día 7 al duque de Gramont que un lenguaje mas templado habria facilitado la negociacion con España y Prusia y la retirada de la candidatura del príncipe. Tambien le expresó el conde de Solms, encargado de Prusia, su sorpresa de que el duque de Gramont no hubiese aguardado el regreso del baron de Werther, que había emprendido el viaje de acuerdo con él para comunicar á su soberano la opinión del gobierno imperial.

En Madrid había dicho el general Prim que ya se había pensado que habria alguna agitación en París á la primera noticia, pero que el gobierno francés, despues de meditarlo bien, se convencería de que esta elección era la solución inevitable de la cuestión española. Sin embargo, por la tarde del 7 de julio á las cuatro y veinte minutos telegrafió el representante de Francia, Mercier de Lostende: «He visto al general Prim y le he comunicado las impresiones del emperador. Se repitió nuestra conversacion de ayer, bien que con mas energía por mi parte. Finalmente me ha dicho: «¿Cómo salir de esta situación? Solo veo un medio: que el príncipe me diga que encuentra dificultad en obtener el consentimiento del rey; entonces yo, en lugar de insistir, le facilitaré la renuncia.» Yo le dije: «Dé usted el primer paso.» Él me contestó que esto no lo podía hacer y me suplicó no mencionase que él había indicado esta salida. Me parece que difícilmente querrá ir mas lejos.»

Si el embajador inglés Lyons había quedado sorprendido de la declaración del 6 de julio, mas lo quedó de la que le hizo el duque de Gramont personalmente dos días despues, á saber: que no tenia todavía contestacion del gobierno prusiano y que este silencio hacia imposible que el gobierno se abstuviera por mas tiempo de ordenar preparativos militares; que ya se habían tomado algunas disposiciones y que al día siguiente las autoridades militares se dedicarían seriamente al trabajo, y un consejo de ministros resolvería veinticuatro horas despues el movimiento de las tropas. El embajador inglés expresó su sorpresa y sentimiento de que el gobierno francés procediera con tanta precipitación, á lo cual Gramont contestó que no podía esperar mas tiempo, porque tenia motivo para suponer que el rey de Prusia desde un principio había tenido noticia de las negociaciones de Prim con el príncipe; de suerte que en su mano estaba dar una prueba de amistad á la Francia prohibiendo al príncipe aceptar la corona de España, y que el silencio ó contestaciones evasivas debían ser consideradas como una negativa. Esta era una de las soluciones recomendada por Gramont, el cual todavía tenia otra, que recomendó con mucha insistencia al gobierno inglés y que consistía en que el príncipe de Hohenzollern renunciara por su propio impulso á sus pretensiones á la corona de España, trono, decía Gramont, que segura-

(2) Véanse sus despachos del día 7 de julio en Angeberg: *Recueil* tomo I, pág. 41.

mente había aceptado con el deseo de hacer un bien á su segunda patria; pero cuando viera que su elección envolvería á España en una guerra interior y otra exterior y precipitaría por igual á su patria primitiva como á su patria adoptiva y á la Europa en una gran lucha, no querría cargar con semejante responsabilidad. En opinión del duque de Gramont la renuncia voluntaria del príncipe sería una solución muy feliz de cuestiones difíciles y complicadas, y por tanto suplicaba al gobierno inglés que emplease toda su influencia en este sentido (1).

Esta segunda solución se realizó, en efecto, cuatro días despues, y entonces tuvo lord Lyons otra sorpresa mucho mas grande que las anteriores.

## CAPITULO V

### EL REY GUILLERMO Y EL CONDE BENEDETTI EN EMS

En 15 de julio fué preguntado al duque de Gramont en el cuerpo legislativo, y año y medio despues lo fué por la comision de informacion parlamentaria, lo que el conde Benedetti había pedido al gobierno prusiano en Ems y lo que había estado encargado de pedirle, y si lo que pidió el primer día fué modificado en sentido mas acre, que debía influir en la actitud del rey. La contestacion á esta pregunta se encuentra en las instrucciones que en la noche del 7 de julio dirigió Gramont á Benedetti y que éste ha publicado. En estas instrucciones descubre el duque mucho mas de lo que intenta ocultar en su libro.

A las once y cuarenta y cinco minutos de la noche del día 7 de julio telegrafió el ministro á Benedetti, que se hallaba con licencia en Wildsbad: «Pase usted á Ems, á donde un agregado que saldrá de aquí mañana temprano le llevará instrucciones. Este agregado llegará á Ems á las once de la noche. Sírvese usted prevenir al administrador de la estación dónde le encontrará el agregado (2).» El despacho que llevaba el agregado, que era el baron de Bourqueney, y una carta confidencial que le acompañaba, contenían las instrucciones; pero éstas no eran enteramente iguales. En el despacho oficial se le encargaba informarse de las verdaderas intenciones de la Prusia respecto de la elección al trono de España, atendido que el secretario Thile se había excusado de darlas, y sobre esto decía el despacho: «Si el jefe de la familia Hohenzollern se ha mantenido hasta ahora indiferente en este asunto, le pedimos que no continúe en esta actitud y le suplicamos que influya en el príncipe, si no con sus órdenes, á lo menos con sus consejos. Estos consejos ejercerían una influencia decisiva sobre la resolución del príncipe, harían un gran servicio á la causa de la paz y robustecerían las buenas relaciones de la Prusia con Francia. Penétrese usted bien de esto; haga usted valer estas consideraciones cerca del rey y procure obtener de éste que aconseje al príncipe de Hohenzollern que retire su aceptación.» Por manera que se pedía solo el consejo de retirar la candidatura. La carta confidencial que acompañaba al despacho y que Gramont había escrito tambien á media noche del día 7, empezaba en estos términos: «Querido conde: Le envío al joven Bourqueney con un despacho cifrado para que usted me comunique tan pronto como sea posible el resultado de su entrevista con el rey. Sabemos por confesiones del mismo príncipe que ha convenido todo el asunto con el gobierno prusiano, y no podemos admitir la contestacion evasiva con que el señor de Thile trata de salir de la alter-

(1) Véase Angeberg: *Recueil*, tomo I, pág. 51.

(2) Benedetti: *Mi mision en Prusia*, pág. 315.

nativa en que le hemos puesto.» Desde luego resalta en estas líneas una mentira grosera, porque el príncipe jamás hizo confesion alguna á un francés sobre sus negociaciones con Prim, ni mucho menos lo habria hecho contra la verdad. Luego continúa la carta confidencial: «Es preciso que usted logre una contestacion decisiva que esté seguida de sus consecuencias naturales. La única contestacion que nos contentaría y que evitaria la guerra sería que el gobierno del rey desaprobara la aceptación hecha por el príncipe de Hohenzollern y que le diese órden de revocar esta resolución, tomada sin su permiso. Entonces será menester hacerme saber si el príncipe, obedeciendo á esta intimacion, renuncia oficial y públicamente á su candidatura.»



El duque de Gramont  
(segun el grabado de A. Werger, copia de una fotografia)

En el despacho se encarga al embajador que obtenga del rey que aconseje al príncipe su renuncia, y en la carta se encarga al mismo obtenga del rey que ordene al príncipe la renuncia; y sigue la carta: «Tenemos mucha prisa, porque en caso de una contestacion insuficiente hemos de sentar la primera baza, y el sábado ha de empezar la marcha de las tropas para que podamos entrar en campaña dentro de quince días.»

Esto lo escribió el duque el jueves por la noche; Benedetti y Bourqueney necesitaban el viernes para presentarse en Ems, de suerte que quedaba solo el sábado para hacer la pregunta al rey, cuya contestacion había de decidir de la guerra ó de la paz. Hoy se sabe la causa de tanta prisa; porque si en estos quince días no movilizaba la Francia 400,000 hombres y los colocaba en territorio alemán, el Austria y la Italia no pondrían en campaña sus ejércitos, pues que necesitaban seis semanas por lo menos para la movilizacion. Para que pudiesen estar en campaña á principios de setiembre era preciso que la Francia declarara la guerra y llamara á sus reservas lo mas tarde á mediados de julio.

La carta confidencial continúa: «Usted citará al rey todos los ejemplos que conoce de coronas cuya aceptación se ha prohibido á ciertos príncipes por motivos políticos: la exclu-

sion del duque de Nemours del nuevo trono de Bélgica; la prohibición de elegir para soberano de Grecia á un príncipe inglés, ruso ó francés (1); la exclusion de un Murat para el trono de Nápoles, decidida por el mismo emperador Napoleón, etc. Insisto especialmente en la necesidad de no dejar ganar tiempo á la Prusia por medio de contestaciones evasivas. Es preciso que sepamos si tendremos paz ó si una contestación negativa nos obligará á la guerra. Si usted consigue del rey que revoque el sí del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, sería éste un éxito inmenso y un gran servicio. El rey habrá asegurado por su parte la paz. Si no, tendremos guerra (2).»

Así decía la carta que Gramont escribió á media noche del 7 al 8 de julio, é inmediatamente despues recibió de Madrid el ya citado telegrama que decía que el general Prim estaba dispuesto á facilitar al príncipe la renuncia en caso de que éste quisiera basarla en la prohibición del rey de Prusia. Se había hecho, pues, en gran manera probable esta renuncia del príncipe y la de los españoles, y en vista de ello telegrafió Gramont á Benedetti: «Acabo de recibir el adjunto telegrama. Usted vé que si el príncipe quiere evitar todos los males que su candidatura hace inevitables, es todavía tiempo de hacerlo. Diga usted esto al rey y si es necesario tambien al príncipe (3).» Apenas hubo partido el telegrama, á la una de la noche, cuando Gramont notó el error que había cometido autorizando á Benedetti para comunicar la disposición de Prim, no solamente al rey de Prusia, sino tambien al príncipe de Hohenzollern, dando con esto lugar á dejar desvanecido todo el temor y la ocasion de una guerra con Prusia; y sobre esto escribe en su libro: «Hice mal; la candidatura de Hohenzollern se había propuesto con la cooperación del rey; era una candidatura prusiana y como tal la rechazaba la Francia, y como el rey la había propuesto, era necesario que Benedetti se dirigiese solo á él. Me había dejado arrebatar por el deseo muy natural de no omitir nada que pudiese facilitar una solución pacífica.» Tenía razón, porque el objeto de todo este procedimiento era provocar la guerra. Habló, pues, con el emperador y telegrafió á Benedetti: «No hable usted con el príncipe de Hohenzollern; el emperador no quiere que se dé ningun paso cerca de él.» Este telegrama llegó puntualmente y como el príncipe ni siquiera se hallaba en Ems, el duque de Gramont se había alarmado sin fundamento.

Benedetti llegó á Ems simultáneamente con Bourqueney á las once de la noche del día 8 de julio y á la mañana siguiente telegrafió á Paris que entre tres y cuatro de la tarde sería recibido por el rey.

Si Benedetti aquel día se hubiese dirigido á Bismarck en lugar del rey, le habría dicho éste lo que el embajador prusiano en Lóndres, el conde de Bernstorff, había dicho al conde Granville oficialmente el día anterior, y lo que habría dicho el embajador de Prusia en Paris, el baron Werther, al duque de Gramont, si la declaración de éste del 6 de julio en el cuerpo legislativo no hubiese hecho imposible toda explica-

(1) Estos ejemplos no eran aplicables al caso de que se trataba, porque los citados príncipes tenían derecho de sucesión en su respectivo país y el de Hohenzollern no lo tenía en Prusia, pues los príncipes católicos de la casa de Hohenzollern carecían del derecho de sucesión en toda la Prusia por los tratados de herencia de 1695 y de 1707. En la memoria que el ministerio presentó á las cámaras en 3 de enero de 1850 sobre la incorporación del principado de Hohenzollern, fué expresamente y en términos decisivos recordada esta renuncia á toda sucesión en Prusia.

(2) Benedetti: *Mi misión en Prusia*, pág. 319.

(3) Véase el telegrama entero en Angeberg, tomo I, pág. 46. Gramont solo da la frase final en su obra: *La Francia y la Prusia*, pág. 66. Benedetti ni siquiera lo publica.

ción oficial de parte de la Prusia (4), á saber, que el gobierno prusiano no pensaba herir el derecho de la nación española para decidir de su suerte; que debía dejar á los españoles arreglar ellos mismos sus asuntos interiores; que no se hallaba en estado de dar explicaciones de negociaciones seguidas entre el gobierno provisional de Madrid y el príncipe de Hohenzollern; que no deseaba mezclarse en este asunto; que la Francia tomase las disposiciones que quisiera y que el representante de Prusia en Paris tenía orden de no cuidarse de esto. En cuanto á la confederación de la Alemania del Norte, ésta no tenía ningun deseo de provocar una guerra de sucesión; pero si la Francia tuviese intención de declarar á la confederación la guerra con motivo de un rey elegido por la España, esto sería únicamente una prueba del deseo de hacer la guerra sin justo motivo. Era por lo demás prematuro discutir semejante cuestión mientras las cortes españolas no hubiesen resuelto aceptar como rey al príncipe Leopoldo, mas si la Francia atacase á la Alemania del Norte ésta sabría defenderse (5).

El rey, además de indicar que no aceptaba órdenes del emperador de los franceses, enteró al embajador que había dado un paso confidencial, que luego referiremos y que obligó al duque de Gramont á perder algun tiempo mas.

Véase lo mas esencial de los tres documentos que Benedetti escribió aquella misma noche del 9 de julio relatando su entrevista con el rey, y que se componen de un telegrama expedido á Paris á las ocho de la noche, seguido de un despacho y de una carta confidencial (6). Desde luego diremos que Benedetti, al dirigirse al rey, no pidió que éste ordenase al príncipe, sino que influyese en él para desviarle de su propósito, que sería igualmente funesto para España, Francia y Alemania. El rey contestó que era menester hacerse cargo de su posición en este asunto, cuyos preliminares se habían llevado entre el gobierno español y el príncipe de Hohenzollern; que el gobierno prusiano no solamente había sido ajeno á estas negociaciones, sino que hasta las había ignorado completamente; que había evitado mezclarse en ellas, pues se había negado á recibir á un enviado del gabinete español encargado de entregarle una carta del general Prim, cuyo enviado solo había dado conocimiento al conde de Bismarck de varias particularidades; que no había emitido su opinión hasta que el príncipe Leopoldo, decidido á aceptar, había solicitado su consentimiento, lo cual había sucedido á su llegada á Ems, habiendo consistido su respuesta en la simple declaración de que no tenía nada que objetar á su resolución. El rey había sido informado por el príncipe de su resolución, no como rey de Prusia, sino como jefe de la familia, por cuyo motivo el rey no había reunido ni consultado al consejo de ministros, y, por lo mismo, no podía pedirle cuenta al gobierno de una cosa que no había sabido y de la cual no le cabía mas responsabilidad que á cualquier otro gabinete de Europa. Añadió el rey que el gobierno de España era soberano y estaba reconocido como tal por todas las potencias, y que él ignoraba con qué motivo justo podía oponerse á la elección libérrima de un soberano hecha por la representación del país; que, según una comunicación, la primera y única enviada por el embajador en Berlin al gobierno prusiano, se habían convocado las cortes para el 20 del mes corriente, y que ellas rechazarían la candidatura del príncipe de Hohenzollern si esta candidatura no correspondía

(4) Sobre esto se dijo en la sesión del consejo federal de la Alemania del Norte del 16 de julio: «Despues de semejante declaración no se halló ya el embajador en situación de enviar explicaciones á Paris.»

Véase el diario de Hirth, tomo I, pág. 146.

(5) Angeberg: *Recueil*, tomo I, pág. 48.

(6) Benedetti: *Mi misión en Prusia*, págs. 326 á 340.

día al deseo del país. Tambien dijo el rey que él no había alentado al príncipe Leopoldo á aceptar los ofrecimientos del gabinete español; que solo había omitido prohibírselo, y que á la sazón no podía abandonar la actitud que desde un principio había adoptado y hacer valer su autoridad para obligar al príncipe á negarse á un compromiso contraído; y que finalmente, el gobierno del emperador podía emplear sus palancas en Madrid para conseguir del gobierno del regente que renunciase á su propósito. Benedetti insistió repetidas veces en que el rey con sus consejos consiguiera la renuncia del príncipe, á lo cual contestó el rey constantemente que si no podía emplear su autoridad para hacer revocar al príncipe su palabra dada, tampoco le detendría para cumplirla; que quería dejarle, como antes de su aceptación, toda su libertad, pero que había escrito al príncipe Leopoldo y á su padre para saber exactamente lo que pensaban de la agitación originada con este motivo y había añadido que si se hallasen inclinados á retirar la aceptación dada, no podría hacer mas que aprobar esta resolución; que esperaba su contestación y tan pronto como la tuviese en sus manos se explicaría mas completamente.

Esta explicación del rey fué teleografiada por Benedetti á su gobierno y despues escribió su comunicación minuciosa, porque había en ello un elemento enteramente nuevo que hacia sumamente verosímil la renuncia voluntaria del príncipe, la cual creía entonces todavía Benedetti que era el objeto verdadero de su misión. Añadió, pues, Benedetti á su exposición de lo ocurrido, la siguiente consideración: «Puede deducirse del lenguaje del rey que piensa conformarse con nuestros deseos dejando al príncipe de Hohenzollern la libre resolución de renunciar en lugar de aconsejarle la renuncia, para no hacer personalmente una concesión que podría ser acerbamente juzgada en Alemania; ó acaso quiera ganar solamente tiempo para evitar nuestros armamentos y esperar la reunión de las cortes, á fin de no apartarse de la opinión de que debe aguardarse la resolución de esta asamblea. Si considero, pues, su actitud y lo que he sabido de las personas que le rodean, estaria dispuesto á tener por mas verosímil la primera suposición, si no tuviésemos el derecho de ser incrédulos ó por lo menos desconfiados. Si la contestación del rey hubiese sido simplemente evasiva, no me habría retirado sin haberlo hecho constar con todo el respeto debido; mas no pude objetar nada al deseo del rey de entenderse con el príncipe de Hohenzollern hasta que tuviese conocimiento de su resolución, tanto mas cuanto que me aseguré al mismo tiempo que sin demora alguna me pondría en estado de informar á usted de ello.»

En una postdata que escribió Benedetti aquella misma noche á Paris se añadía la noticia de que el rey, profundamente indignado, se había expresado en términos muy acres acerca de la declaración hecha por el duque de Gramont en el cuerpo legislativo. El haber aludido á «una potencia extranjera» era para él una apreciación mal fundada y casi una provocación. Es natural suponer que aquí el embajador no repitió las expresiones, probablemente mas fuertes, del rey.

La situación quedó, pues, la misma durante los días siguientes á pesar de los esfuerzos del duque de Gramont para obtener del rey de Prusia una frase que pudiera utilizar en la cámara como una concesión. Probable era la renuncia del príncipe; pero tambien era seguro que el rey no haría nada que pudiese parecer presión ejercida sobre el príncipe ó sumisión á las órdenes del emperador de los franceses; y cuando Benedetti fué recibido el día 11 por segunda vez y pidió permiso para participar al duque de Gramont que el rey invitaria al príncipe á que renunciase á la corona de España, no ocultando el embajador que esta invitación equivaldría

á una orden, se opuso el rey en absoluto á dar tal permiso y continuó inquebrantable en su resolución de dejar al príncipe en la renuncia, como le había dejado en la aceptación de su candidatura, la mas completa libertad (1).

En la noche del 11 partió el baron de Werther, que hasta entonces había estado en Ems, para su puesto en Paris, y Benedetti telegrafió á Gramont que este embajador no tenía otra misión sino confirmar al emperador en las intenciones pacíficas de su soberano, sin prometer nada que el rey no pudiese conciliar con su dignidad. El hecho fué que el rey se negó á explicarse hasta recibir contestación de Sigmaringen; á las indicaciones de Benedetti de que el duque de Gramont no podía aguardar mas, respondió que tal impaciencia hacia suponer intenciones belicosas.

En 12 de julio dirigió el príncipe Antonio de Hohenzollern al general Prim y al embajador español en Paris el telegrama concebido en estos términos:

«En vista de las complicaciones que parece encontrar la candidatura de mi hijo al trono de España y de la situación penosa que han creado los últimos sucesos al pueblo español, poniéndole en una alternativa en que solo tendría que consultar el sentimiento de su independencia; y convencido de que en semejantes circunstancias su voto no podría tener la sinceridad y espontaneidad con las cuales ha contado mi hijo al aceptar la candidatura, la retiro en su nombre.

»Castillo de Sigmaringen, 12 de julio á las 11 y 28 minutos.—Antonio Hohenzollern.»

El periódico alemán: *El Mercurio de Suabia*, publicó el siguiente telegrama:

«Sigmaringen, 12 de julio. — El príncipe heredero de Hohenzollern, á fin de restituir al gobierno español la libertad de su iniciativa, renuncia á su candidatura al trono, decidido á evitar que una cuestión secundaria de familia llegue á ser pretexto para una guerra. — Por encargo del príncipe, el consejero de cámara: *Lassen*.»

El telegrama del príncipe anunciando la renuncia de su hijo no decía ni una palabra del equilibrio europeo ni de la dignidad de la Francia, ni de las reclamaciones del emperador, ni de ningun deseo del rey Guillermo; solo hablaba con exquisito tacto político del pueblo español, de su derecho á disponer libremente de su destino, y renunciaba porque insistiendo el príncipe en su aceptación el pueblo español habría tenido que renunciar ó á la paz ó á la libre disposición de su destino. El segundo telegrama califica con su verdadero nombre de pretexto para la guerra todo el clamoreo indigno levantado. La renuncia iba dirigida como era natural al general Prim en Madrid y al embajador español, señor Olózaga, en Paris, como asunto puramente español, que nada tenía que ver ni con el emperador de los franceses ni con el rey Guillermo. Ya no había motivo de hablar de desequilibrio de las potencias; el poder y la dignidad de la Francia no sufrían mengua ninguna, y todo esto había logrado el duque de Gramont con su declaración del 6 de julio; tanto que el anciano Guizot, ministro en otro tiempo de Luis Felipe, dijo cuando supo la noticia, aludiendo al gobierno imperial: «Esta gente tiene una suerte endiablada; este es el triunfo diplomático mas hermoso que en toda mi vida he visto (2).»

Mucho había contribuido á este resultado el embajador Olózaga, del cual había recibido instrucciones el señor Stratt, agente diplomático del príncipe Carlos de Rumanía, y que partió de Paris el 8 de julio para Sigmaringen á fin de recabar allí la renuncia del príncipe. Este agente informó á Oló-

(1) Benedetti, pág. 349.

(2) Darimon: *Histoire d'un jour. La journée du 12 juillet 1870*, Paris, 1888, págs. 74 á 76.